

Por esto, el cuadro que del mundo pintan es muy negro. Los carentes de palabra son dichosos; mujeres en jardines de casitas de campo; la señora Chavasse. No es un verdadero cuadro del mundo; es el cuadro del escritor. ¿Los músicos, los pintores, son felices? ¿Es su mundo más feliz?

(*Diario de una escritora*, 5 de septiembre de 1940.)

Sorprende que V. W. que, a lo largo de su vida, ha puesto toda su energía vital, su libido, en la creación literaria, atribuya la posibilidad de ser felices a quienes tienen otros medios de expresión, distintos de la palabra. Tan luego ella que aunque ha conocido las penosas tensiones a que la somete la escritura y la publicación de sus libros, ha recibido también muchas satisfacciones. Y que evidentemente la gratifican, si nos guiamos, al menos, por los comentarios que hace en su *Diario* alrededor de las críticas elogiosas que recibe. ¿Por qué, entonces, asignar la felicidad a los «carentes de palabra»? ¿Acaso el cerebro del músico o del pintor no se deteriora? ¿Por qué asocia la idea de palabra con desdicha? ¿No está hablando, sin proponérselo, de otro lenguaje?

Releyendo el fragmento pareciera que ella, inconscientemente, se sentía habitada por dos lenguajes: el creativo, al que ama y domina, y otro, el de la locura, que teme hasta el horror. Afirma Lacan: «En la locura, cualquiera sea su naturaleza, nos es forzoso reconocer, por una parte, la libertad negativa de una palabra que ha renunciado a hacerse reconocer [...] y, por otra parte, la formación singular de un delirio que —fabulatorio, fantástico o cosmológico; interpretativo, reivindicador o idealista— objetiva al sujeto en un lenguaje sin dialéctica».

La vida de V. W. —ya lo dijimos— fue una lucha continua contra la locura y, por lo tanto, una lucha también por escindir esos dos lenguajes: por apropiarse y constituirse en sujeto de ese lenguaje que la libera y por acallar el lenguaje de la enfermedad, que, extrañamente, se manifiesta también a través de palabras, de voces que la acechan, la perturban, se apoderan de ella. Así lo testimonian sus cartas de despedida: una a su hermana Vanessa, escrita casi en idénticos términos en cuanto a su enfermedad («Es lo mismo que la primera vez, todo el tiempo oigo voces, y sé que no puedo superar esto ahora...») y la que dirige a Leonard, patética, y que dice:

Querido,

estoy segura de que, de nuevo, me vuelvo loca. Creo que no puedo superar otra de aquellas terribles temporadas. No voy a recuperarme en esta ocasión. He empezado a oír voces y no me puedo concentrar. Por lo tanto, estoy haciendo lo que me parece mejor. Tú me

has dado la mayor felicidad posible. Has sido en todo momento todo lo que uno puede ser. No creo que dos personas hayan sido más felices hasta el momento en que sobrevino esta terrible enfermedad. No puedo luchar por más tiempo. Sé que estoy destrozando tu vida, que sin mí podrías trabajar. Y lo harás, lo sé. Te das cuenta, ni siquiera puedo escribir esto correctamente. No puedo leer. Cuanto quiero decir es que te debo toda la felicidad de mi vida. Has sido totalmente paciente conmigo e increíblemente bueno. Quiero decirte... que todo el mundo lo sabe. Si alguien podía salvarme, hubieras sido tú. No queda nada en mí más que la incertidumbre de tu bondad. No puedo seguir destrozando tu vida por más tiempo.

No creo que dos personas pudieran haber sido más felices de lo que nosotros hemos sido.

V.

Después de leer esta carta, Leonard, desesperado, fue a buscarla al río. Halló su bastón. Sólo días más tarde apareció el cadáver con los bolsillos de la ropa llenos de piedras. Las aguas del Ouse la habían cubierto de silencio.—*FLORA GUZMAN. Gorriti, 58. Jujuy. Argentina.*

## CARRERA ANDRADE: POÉTICA Y DIALECTICA DE LA SOLEDAD

La soledad, como «topos» literario, ha seguido un radical proceso de evolución que, por lo menos en el panorama cultural de Occidente, la ha convertido de ideal en anomalía. El proceso a que aludimos nos lleva desde *Las Geórgicas*, de Virgilio; el *Beatus ille*, de Horacio; el *O funde noster*, de Cátulo, a través del *Qué descansada vida*, de Fray Luis de León, hasta la *Soledad de las ciudades*, nutrida de libros, «de paseos, de pianos y pedazos de muchedumbre, / de ciudades y cielos conquistados por la máquina, / de pliegos de espuma / desenrollándose hasta el límite del mar» (1), de Jorge Carrera Andrade.

Si en tiempos clásicos la búsqueda de la soledad obedecía a un impulso intelectual que quería hallar la sabiduría en el aislamiento rústico, en los nuestros ha dejado de ser un placer para convertirse en la diaria experiencia del abismo interior, y provocar la inquietud, la alienación y, en muchos casos, el total desarraigo de la conciencia. No obstante, la soledad ha sido siempre un punto de partida y un

(1) *El tiempo manual* (Madrid, Ediciones Literatura, 1935), p. 13.

estímulo a la creación. Para James Weldon Johnson, Dios creó el mundo movido por el sentimiento de la soledad («And God stepped uot on space, / and He looked around and said, "I'm lonely / I'll make me a world"») (2). Y para Wordsworth, la mejor poesía era el fluir espontáneo de fuertes sentimientos, cuyo origen es la emoción evocada en soledad («Good poetry is the spontaneous overflow of powerful feelings: it takes its origin from emotion recollected in tranquility») (3). Por su parte, Octavio Paz dice que «el poeta parte de la soledad, movido por el deseo, hacia la comunión» (4).

La soledad, como experiencia personal o fenómeno social, es algo que sigue eludiendo una definición exacta. Misteriosa, enigmática, atractiva y execrable, los poetas la han perseguido, la han combatido y se le han sometido. En términos muy generales creemos que la actitud del poeta moderno hacia la soledad sigue dos rumbos: 1) o la cultiva hasta convertirla en lujo exquisito, delirio y tortura casi masoquista, privilegio exclusivo del artista; 2) o, considerándola producto de una ruptura, quiere anularla en un acto de comunión con el otro. Es lo segundo lo que Carrera Andrade persigue en su poesía. Sobreponiéndose a la pasividad y el ensimismamiento de «Los párpados entornados», el poeta ecuatoriano emprende su labor poética como un acto de apertura al mundo y a las cosas; entre ellas halla su ubicación, su consuelo y la sabiduría de que «todo el universo es presencia». Pero su apetito de maravilla lo impele al viaje de exploración: su mayor descubrimiento, el hombre. Su verso ingresa a la historia y descubre que la ciencia y la tecnología no han cumplido sus promesas. El poeta se integra a las masas obreras y aspira a formular el mensaje de su dolor y anhelo. Lejos de *El estanque inefable*, de la «Provincia» / «donde halla el solitario su estrella más florida / y el triste siente oler a flor toda su vida», el poeta se encuentra de nuevo ante el espectro de la soledad (5).

Tema de este capítulo es la poesía que registra este reencuentro de la soledad. Lo dividiremos en tres partes: 1) «La soledad de las ciudades», como la anomalía del hombre en sociedad; 2) «La alquimia vital», o sea, la soledad como la condición propia del hombre en cuanto ente de conciencia; 3) «Las armas de la luz», donde veremos la resolución de la dialéctica de la soledad.

---

(2) *The Poetry of Black America. Anthology of the 20th Century*. Ed. Arnold Adoff. (New York, Harper & Row, Publishers, 1973), p. 3.

(3) Preface to *Lyrical Ballads. Selected Poems and Prefaces*. Ed. Jack Stillinger (Boston, Houghton Mifflin Company, 1965), p. 460.

(4) «Poesía de soledad y poesía de comunión», *El hijo pródigo*, I, núm. 5. Citado por Ramón Xirau en *Tres poetas de la soledad* (México, Antigua Librería Robredo, 1955), p. 23.

(5) Lo presente es parte de un estudio mayor sobre toda la obra poética de Carrera Andrade.